

LA BIBLIOTECA

PERIÓDICO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

SE PUBLICA ALTERNO

SUSCRIPCIÓN

1 peseta al mes en toda España.
3 trimestre.
6 semestre.
11 año.

Extranjero, 16 francos al año.
En provincias la suscripción es por trimestres.
Toda la correspondencia y giros al Administrador.

AÑO I

MADRID

NÚM. 5

23 de Enero de 1903.

OFICINAS

CALLE DE APODACA, 16, duplicado.—APARTADO núm. 298
Cuenta corriente en el «Crédit Lyonnais».
MADRID

ADVERTENCIA

A todos los que se suscriban, remitiremos desde luego los números publicados.

EL IDEAL EN EL ARTE

En las diversas manifestaciones de la actividad humana, en su marcha al través de los siglos y de las civilizaciones, podremos observar que el hombre persigue siempre un ideal, buscando el bien en la moral, la verdad en la ciencia ó la belleza en las artes.

El realismo fué, á no dudar, el primer procedimiento del espíritu humano. Las admirables creaciones de la Naturaleza, el magnífico espectáculo que ofrecía ante sus ojos el mundo material, asombraron al hombre, y hubo de pasar algún tiempo para que, estudiándose á sí propio, descubriera un ideal, una concepción de la belleza que le impulsara á realizar sus creaciones, alejándolas de la servil imitación.

El ideal es esa tendencia indefinible que nos impulsa hacia lo absoluto y que se refleja en la conciencia como la luz en el azogado cristal, haciéndonos vislumbrar lo justo, lo bello, lo bueno, lo infinito.

El ideal proporciona al artista la potencia creadora que le hace concebir obras más bellas que las puramente materiales.

Si la misión de las artes plásticas, por ejemplo, consistiera tan solo en la reproducción exacta de los objetos y de los hechos, el pintor ó el escultor no serían otra cosa que un obrero más ó menos inteligente, más ó menos hábil, pero no un artista creador.

Es cierto que en todas las épocas, en la literatura como en las bellas artes, se ha abusado de lo inverosímil; pero, ¿por qué no disculpar á los que se han propuesto con ello, dando rienda suelta á los caprichos de su imaginación, embellecer ó endulzar un poco la vida humana?

En la más espiritual de todas las artes, en aquella cuyo dominio comienza donde el de la palabra termina, en la música, en fin, no cabe expresar ideas ó sentimientos definidos psicológicamente.

Beethoven lo ha dicho: «En todo lo que es espiritual, hay algo de eterno, de infinito, de impalpable. La música es el lazo que une la vida del alma á la vida de los sentidos; ella es la única introducción incorporada al mundo superior del saber; de ese mundo que abarca al hombre, pero que éste no puede á su vez abarcarlo.»

En la música tan solo puede explicarse el realismo como imitación material de determinados ruidos de la Naturaleza. De estas imitaciones se encuentran en la sublime sinfonía *Pastoral* de Beethoven y en la leyenda dramática *La damnation de Faust* de Berlioz.

Suprimiendo el ideal en el bello arte de los sonidos, este sucumbiría, puesto que, como ya hemos dicho, es un lenguaje superior al de la palabra. Sus diseños puramente musicales, armoniosos y brillantes, nos hacen vislumbrar otra vida mejor.

El ideal, pues, existe en todas las manifestaciones intelectuales, y muy especialmente en las artes.

El hombre no vive tan solo la vida material. Si en el alimento con que nutre á su organismo halla el medio de recobrar el vigor físico, en la religión como en la moral, en las ciencias como en las artes, se encuentra siempre encadenado por una misteriosa afinidad al ideal, que allá en lo más recóndito del alma le indica, como certera brújula, el camino de lo bueno, de lo bello y de lo justo.

C. MARTÍNEZ RUCKER.

TIPOS QUE CONOCE USTED

Sánchez.—¡Qué! ¿No se acuerda usted de Sánchez?

¡Pero, hombre, si no conoce usted otra cosa!

Sánchez es aquel oficial de la clase de cuartos, y que, como tal, tenta muy pocos. ¡Si no es posible que le haya olvidado usted! Sánchez era el primero que entraba en la oficina y el último que salía de ella, después de haberse reventado á trabajar, mientras que sus compañeros tomaban café—que él avisaba y no probó nunca—y le tomaban el cabello, cortado indelectiblemente el último día de cada mes.

¿Que se habían acabado las obleas?

¡Sánchez se las habría comido!

¿Que el ministro echaba una chillería al Director general? Pues de escalón en escalón bajaba corregida y aumentada para calentar las orejas á Sánchez, que era el mono que se ahogaba siempre.

¿Que el jefe del Negociado ponía *haiga* sin hache?.. Sánchez tenía la culpa, porque el ruido que hacía al toser volvía loco al jefe.

Y Sánchez hacía las guardias un día sí y otro también, porque sus compañeros tenían novia y no era cosa de dejar un sitio vacío en la camilla de la casa respectiva; y Sánchez cargaba con todo el trabajo extraordinario, cosa que era ordinaria en él... y no llevaba á pasear á los niños del jefe porque afortunadamente para Sánchez era célite.

El coleccionista.

El número de coleccionistas, como el de los números primos, es infinito.

Desde el coleccionista de sellos hasta el de todas las botetadas que se pierden, hay una variedad grande.

NUESTROS ACADEMICOS



Excmo. Sr. D. Raimundo Fernández Villaverde.

Nada tan perjudicial como la manía de esos chiflados, que por aumentar su colección son capaces de darle la lata á cualquier hijo de vecino y de vecina.

D. Homobono no se ocupa de otra cosa que de su colección de sellos.

¿Que el niño mayor tiene un violazo que se lo lleva pateta? Bueno, ¿y qué? Después de todo, peor sería que se le perdiese un sello; un hijo puede reponerse con facilidad, y con los sellos no suele suceder otro tanto.

Su colección, y nada más que su colección; á ella vive dedicado constantemente, y solo lo que á sellos se refiere tiene el privilegio de preocuparle.

El otro día le encontré un poco cabizbajo, y al preguntarle la causa, contestó entristecido:—Hombre, ¿querrá usted creer que una colección como la mía esté falta de un ejemplar?

—Y ¿cuál, amigo mío?—le pregunté.

—El sello de la honestidad y la honradez, que he leído el otro día que lo lleva en la frente una amiga de mi hija.

...

Otro caso... infeccioso es D. Aquilino.

Cada vez que tengo la desgracia de encontrármelo, apenas me saluda, pero no deja ni una vez de preguntarme si le guardo las cajas de cerillas, cuyas estampas recorta, las quita cuidadosamente el cartón y las pega en un álbum, que constituye el mayor tesoro de su vida.

—Parece mentira—me decía cierta tarde—que no encuentre usted placer en esto.

¿Habría alegría comparable á la de poseer una colección de 30.000 cajas de fósforos? Mi mejor amigo, créalo usted, es el que me guarda más cajas... mi encarnizado enemigo, el ex-consejero de Estado D. Apolonio; apenas si me da cuatro cajas al mes... ¿Le parece á usted que poco *fósforo* debe gastar?

...

Otro coleccionista, bien digno de lástima por cierto, es D. Restituto, casado en quintas nupcias, y que conserva para castigo sus cinco mamás políticas... colección de fieras de las que aun con grandísima pena no puede deshacerse.

...

Muchos más coleccionistas hay, pero su enumeración haría este articulo demasiado lato (lato viene de *lata*, ¿eh?). Unos coleccionan monedas falsas para pasarlas á los amigos, por aquello de que en la amis-

ACAN

— 20 —

ACAN

ABUN

— 17 —

ABUT

Acampar, n. Detenerse en despoblado, alojándose ó no en tiendas.

Acampo, m. Porción de tierra que de los pastos comunes se destina á cada ganadero para que por cierto tiempo paste en ella solo su ganado.

Acamuzado, da, adj. ant. Agamuzado.

Ácana, m. Bot., Arbol muy común de la América del Norte, que se usa para la construcción naval.

Acánaca, m. Bot., Planta de la India, que se emplea para el tratamiento de las enfermedades venéreas.

Acanalado, da, adj. En figura de canal, aplicándose especialmente á las hojas de las plantas que presentan una estría en el centro y en el sentido de su longitud.

Acanalador, m. Garlopa ó cepillo, instrumento de carpintería que sirve para hacer canales.

Acanalar, a. Abrir, cortar en canal, dar forma acanalada || Hacer estrías en una columna ó en cualquier objeto || Conducir por una canal.

Acanallado, da, adj. Hecho un canalla, bajo, rastrero, vicioso.

Acanallarse, r. Convertirse en un canalla, llevar mala vida.

Acandilado, adj. En forma de candel || Se aplica al sombrero que afecta esta figura.

Acanelado, da, adj. De color ó parecido á la canela.

Acanes, m. Habitantes de una parte de Guinea.

Acania, Bot. Planta conocida vulgarmente por el nombre de malvasisco.

Acanillado, da, adj. Dícese de una tela que sale con vetas por defecto del telar ó del tinte.

Acange, m. Voluntario turco que no recibe sueldo, y que pelea por el botín || Pillo, largo de uñas.

Acanor, m. Palabra bárbara que se usa para designar una especie de horno químico.

Acansas, m. pl. Nombre que se da á los habitantes de una parte de la Luisiana.

Acantábolo, m. Pinzas con dientes.

Acantáceas, Bot. Familia de plantas dicotiledóneas, á la que pertenece el acanto.

Acantalear, n. Granizar.

Acantarar, a. Medir por cántaros.

Acántica, f. Zool. Género de insectos hemipteros de la familia de las cicádeas.

Acanties, Hist. nat. Especie de insectos hemipteros.

Acantilado, adj. ú. t. c. s. Cortado á pico || Se dice de una costa escarpada.

Acantinió, Hist. nat. Especie de pescado de la familia de los leptósomos.

Acantio, Bot. Especie de acanto, planta espinosa || Toba.

Acanto, Bot. Cardo || Arq. Adorno que imita las hojas del cardo.

Acantocéfalos, Hist. nat. Familia de zoofitos echeroníneos, así llamados por tener á modo de espinas en la cabeza.

Acantócero, m. Zool. Género de insectos dípteros bracóceros, familia de los tabanidos.

Acantóceros, m. Zool. Género de insectos coleópteros, pentámeros, de la familia de los melicórneos.

Acantocinos, m. Zool. Insectos coleópteros tetrámeros, de la familia de los longicórneos.

Acantodáctilo, m. Reptiles lacertianos.

Acantodermo, m. Zool. Peces fósiles.

Acantóderos, m. Zool. Coleópteros tetrámeros, de la familia de los longicórneos.

Acantodon, m. Bot. Género de plantas de la familia de las acantáceas.

Acantodón, m. Zool. Arácnidos exóticos.

Acantófago, adj. El que come cardos.

Acantofis, Hist. nat. Especie de víbora de Nueva Holanda.

Acantóforo, m. Bot. Planta florídea || Planta de tubérculos redondos.

Acantoglosa, Bot. Género de plantas orquídeas.

Acantómero, m. Hist. nat. Género de dípteros.

Acantonado, da, adj. Mil. Se dice de las tropas que guarnecen un cantón.

Acantonamiento, m. Mil. Acción y efecto

Absurdamente, adv. m. Contrario á la razón.

Absurdísimo, ma, adj. sup. de absurdo.

Absurdo, da, adj. Lo contrario á la razón || Dicho ó hecho repugnante á la razón.

Abto, m. ant. Auto y acto.

Abtor, ra, adj. ant. Autor, ra y actor, triz.

Abtorizar, a. ant. Autorizar.

Abtual, adj. ant. Actual.

Abtualmente, adv. ant. Actualmente.

Abú, Bot. Especie de banano cuyo fruto se come asado ó frito.

Abub, m. Nombre caldeo de un instrumento de música en forma de flauta, de bastante uso entre los judíos.

Abubilla, Zool. Género de la familia de los tennicostros; ave del tamaño de un mirlo que se distingue por tener sobre la cabeza unas plumas en forma de abanico.

Abuelo, a. Ascendiente en segundo grado || También se usa como genérico, designando á los ascendientes en línea directa en cualquier grado.

Abuje, m. Insecto parecido á la ladilla y que obra parecidos efectos.

Abuhado, a, adj. Descolorido, pálido ó hinchado.

Abuhamiento, m. Hinchazón, inflamación.

Abuhetado, da, adj. Descolorido. v. *Abuhado*.

Abulense, adj. Natural de la ciudad de Avila.

Abultado, da, adj. Grande, voluminoso, aumentado.

Abultar, a. Aumentar, engrandecer, hacer más voluminoso || Abultar un hecho, darle mayores proporciones de las que en realidad tiene, exagerar.

Abundadamente, adv. ant. Copiosamente, con abundancia.

Abundado, da, adj. ant. Abundante.

Abundamiento, m. Abundancia, efecto de abundar.

Abundancia, f. Gran cantidad de una cosa. Multitud.

Abundante, p. a. de abundar. Lo que abunda.

Abundantemente, adv. Con abundancia, en gran cantidad.

Abundar, a. Estar en abundancia, haber gran cantidad de una cosa || Abundar en la misma opinión que otro, ser del mismo parecer, estar conforme, seguir sus ideas.

Abundo, m. ant. Abundancia.

Abundosamente, adv. a. Abundantemente.

Abundoso, a, adj. Abundante.

Abuñelado, a, adj. Lo que tiene forma ó se parece en algo á un buñuelo.

Abuñelar, a. Freir huevos en forma de buñuelos.

Aburar, a. ant. Quemar, abrasar.

Aburelado, a, adj. Parduzco, parecido al burriel, paño burdo y barato.

Aburrimiento, m. Acción y efecto de aburrirse, fastidio, disgusto.

Aburrir, a. Molestar con pesadez, fastidiar, cansar el espíritu con algo desagradable, desagradar || Abandonar, dejar; se dice más propiamente de las aves que dejan á sus hijuelos cuando alguien los coge, y á los que no vuelven á acercarse.

Aburrirse, r. Fastidiarse, cansarse, no saber qué hacer.

Aburujar, a. Hacer pelotones, formar cuáguilo la sangre.

Aburujarse, r. Agrumarse, cortarse la sangre, arrequesonarse, cuajarse la leche.

Abusante, adj. El que abusa.

Abusar, a. Usar mal ó excesivamente de alguna cosa, sin derecho ó sin razón.

Abusión, f. ant. Abuso, engaño, desorden || ant. Superstición, presagio.

Abusionario, m. ant. El que fomenta la superstición, el que angustia ó predice.

Abusivamente, adv. De un modo abusivo, excesivo, sin derecho.

Abusivo, a, adj. Contrario al uso, á la costumbre, con abuso.

Abuso, m. Acción y efecto de abusar || Exceso || Engaño || Desorden.

Abuta, Bot. Planta de la familia de las menispermáceas, originaria de Cayena.

tad se pasa todo; otros, cuentas del sastre que, como la misericordia de Dios, no terminan jamás; y yo colecciono, para desgracia ¡ay! de mis lectores, que quizás no los tenga, estos articulillos hechos al correr de la pluma, que seguramente obligarán a ustedes á echar á correr.

JOSÉ DOZ DE LA ROSA.

BIOGRAFÍAS

NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN

Hijo de doña Inés González Cordón y de D. Diego, guardajoyas de la esposa del rey Felipe V, nació en 1737.

Aprendió el oficio de su padre, y la reina Isabel de Farnesio le empleó en Palacio, donde compartió las horas de trabajo con las del estudio, haciéndose abogado, y escribiendo poesías.

Se casó con doña Isidora Cabo Conde, y de cuyo enlace tuvo cuatro hijos, sobreviviendo únicamente Leandro, que llegó á ser uno de los más afamados poetas.

Es autor de la comedia *La petimetra*, de las tragedias *Hormesinda*, *Lucrecia* y *Guzmán el Bueno*, y entre sus composiciones poéticas merecen recordarse *Fiesta de toros en Madrid* y el canto épico *Las naves de Cortés destruidas*.

Falleció este escritor matritense el día 11 de Mayo de 1780.

ADOLFO POLVE.

RETACOS

Más cerca de mí te siento cuando más huyo de tí, pues tu imagen es en mi sombra de mi pensamiento.

Si hago al juicio una llamada, me responde el corazón: que si hay juicio, no hay pasión, y si no hay pasión, no hay nada.

R. DE CAMPOAMOR.

APÓLOGO

Un travieso chiquillo mala sangre, de esos que, por desgracia, hay más de cuatro, vió de un pájaro el nido en la copa de un árbol.

Valiéndose de yo no sé qué mañas, bien pronto atrapó al pájaro, y solo por gozarse en sus dolores, lo fué poquito á poco desplumando.

Callaba el pobre, y su dolor sufría, por no aumentar el gozo del muchacho; y hasta fingió hallarse muy á gusto en sus crueles manos; mas viendo que aumentaba su martirio, cortó, al fin, por lo sano, y al infame chiquillo saltó un ojo de un fiero picotazo.

Yo ese pájaro soy, amigo mío; me hieres, y me callo... Pero no te desquicies, ¡por si un día te doy un picotazo!...

VICENTE DIEZ DE TEJADA.

Los últimos estrenos.

COMEDIA

Nina la Loca

Comedia en tres actos, en prosa, original de D. Alfonso Danvila.

Satisfecho puede estar el Sr. Danvila de la moderación del público. Con la diezmillonésima parte de los atrevimientos de su obra, han tenido suficiente para fracasar otras tan geniales como *Mar sin orillas*, del ilustre D. José Echegaray.

Anoche se toleró todo; tremendas crudezas de concepto y crudezas desconocidas de acción; es más, no solo se toleraron, sino que en muchas ocasiones se aplaudieron.

¿Fue esta tolerancia hija de la fuerza de la comedia? En manera alguna; más bien la consideraría yo como producto de una evolución en el temperamento artístico del público, que poco á poco va habituándose á las audacias del arte moderno.

Además, había otra razón poderosa para que *Nina la Loca* se escuchase con benevolencia; era la primera producción teatral de un autor joven, y un exceso de severidad hubiera podido malograr para siempre un ingenio que desde luego puede asegurarse nada tiene de vulgar y prosaico.

En suma, la actitud del público merece todo género de elogios.

¿La comedia? Un matrimonio joven y falto de reflexión; él alegre, ella frívola; un rompimiento originado por los celos, que trae como consecuencia que el marido abandone su hogar y se vaya á vivir con Nina, alegre muchacha en quien el vicio no ha logrado oscurecer por completo la nobleza de sus instintos.

Carlos, el marido, se aburre; ama á su mujer sin darse cuenta; sin darse cuenta también, siente desprecio por el género de vida que lleva, y haría cualquier sacrificio, todos, menos el de su amor propio, por volver á unirse á Mercedes, su esposa.

Nina lo advierte; comprende que sus caricias le aburren; y de un lado, por aquella nobleza instintiva que constituye el fondo de su carácter, y de otro por el deseo de evitar que una amiga suya le suplante, decide conciliar el matrimonio.

¿Cómo? Avisando á la mujer que su esposo se halla gravemente enfermo; ella acudirá á verle por última vez.

Carlos, al saber que Mercedes puede pisar aquella casa, se pone frenético, é insulta á Nina, dando tiempo á que la esposa aparezca. No pasa de la puerta; él se la lleva, mejor dicho, la arrastra. Nina se sorprende de que no le den las gracias, y, entre lágrimas, balbucea: «En medio de todo, la única persona decente que hay entre vosotros soy yo.»

Tres defectos tiene, á mi juicio, la obra; falta

de interés, el primero; languidez excesiva en la mayor parte de las escenas, el segundo; una crudeza de frase innecesaria, el tercero.

Para que la comedia hubiera logrado interesar al público era necesario que los tipos principales que en ella intervienen le fuesen simpáticos; y ninguno de ellos, la misma Nina, se lo es por completo.

¿Qué simpatías puede despertar Eduardo con su egoísmo, sus arrebatos, su terquedad, y hasta su grosería, que llega al punto de amenazar á Nina (una mujer al fin, y como tal digna de ciertos respetos) con abofetearla?

¿Qué simpatía puede inspirar Mercedes, que olvidando que la dulzura es el arma más poderosa y el encanto mayor de su sexo provoca el rompimiento, y por amor propio le lleva á efecto? Y la misma Nina, que tan simpática hubiera podido ser, ¿cómo entregarse por completo á ella, si el acto de generosidad, aunque pone fin á la obra, está desvirtuado por móviles bastardos?

Por lo que hace al segundo extremo, el mayor escollo de la comedia fué el excesivo desarrollo dado á ciertas escenas. No soy yo partidario del procedimiento teatral, que estima que cuanto en una producción no es estrictamente necesario para el desarrollo de la misma sobra; creo, por el contrario, que es indispensable darle ambiente; pero de eso á eternizarse en el diálogo hay un abismo, que el Sr. Danvila debe procurar salvar en lo sucesivo.

En cuanto los atrevimientos de forma de *Nina*, pasan los límites de lo que puede tolerarse las frases de la prenda: «Tengo cosas nuevas de las que á usted le gustan.» «Los cacharros que se quiere es cada vez más difícil encontrarlos», y otras por el estilo, no hubieran pasado ni en el teatro de Esclava, y casi, casi superan... á las que se oyen en Romea y en Variedades.

Aparte de esto, el Sr. Danvila, conocido ya como un escritor de mérito, se revela como autor dramático de gran porvenir. Dialoga muy bien y con envidiable soltura, es observador atentísimo, como lo demuestran los tipos de la prenda y el hermano de Nina, que son verdadera reproducción del natural y tiene un instinto certero para los efectos escénicos.

El final del segundo acto es muy hermoso, el del tercero habilísimo. Dentro de lo violento de la situación, solo en la forma que el Sr. Danvila lo ha hecho podía salvarse el peligro que representa la entrada de la mujer legítima en la casa de la querida. El público lo aplaudió mucho, y yo uno de todo corazón mis aplausos á los suyos.

La ejecución, excelente; Rosario Pino, inspiradísima como artista y avasalladora como mujer; matizó su extraño papel con la delicadeza exquisita, que es su privilegio, arrancando murmullos continuados de aprobación. Matilde Rodríguez fué saludada con una salva de aplausos al aparecer en escena, por lo bien caracterizada, y aumentó con su trabajo la buena impresión que había producido. Muy bien, pero muy bien, la Sta. Bremón, que cada día avanza más. De la Sta. Catalá casi no puedo decir nada; admirando su belleza no me fijé en su trabajo; aseguran que fué de primer orden, y lo creo.

El sexo fuerte no desmereció del frágil; Morano dijo su papel con gran naturalidad; y aparte de que debió escribir taquígraficamente la carta que dirige á Nina

en el primer acto, solo aplausos merece. El Sr. Tallaví interpretó á maravilla el personaje que le había sido encomendado. Acertadísimo el Sr. Gonsalvez, y también, como de costumbre, los demás.

LARA

La Gran Noche.

Juguete cómico en un acto, arreglado del francés, por Don Julián Romea.

Central.

Comunicación con el teatro Lara.

¿Cómo ha ido el estreno?

Admirablemente. La obra, aunque en exceso gorda, tiene mucha gracia y está arreglada con extraordinaria discreción. El público aplaudió con entusiasmo y llamó á escena infinidad de veces á Julián Romea, el simpático traductor. Contribuyó muy á ello la labor de los artistas. La Domus hizo una catalana capaz de convertir al regionalismo al propio Romero Robledo. Manolo Rodríguez, con tanta sal como de costumbre, y los demás sin desmerecer. En resumen: *La Gran Noche* fué para Lara una gran noche. ¡Hay obra para rato!

J. R. C.

ESTAFETA

Talavera.—D. J. D. P.—Por carta explicaciones. Gndalajara.—D. S. B.—Servido; 1.000 de uno y 200 de otro. San Ramón.—D. S. M. V.—Van explicaciones y números.

Alhama.—D. D. M. P.—Idem id. id.

Badajoz.—D. J. B.—Servidas.

Miguelurra.—D. R. T.—Abonado 15 Enero 904.

San Sebastián.—D. J. A.—Recibidas 7 pesetas.

Burgos.—D. M. T.—Recibidas 21 pesetas.

Burgos.—D. A. A.—Idem 24 pesetas de las ocho suscripciones.

Alcalá.—D. F. S.—Recibidas 5 pesetas; anotado.

Azpeitia.—D. E. A.—Abonado 15 Abril.

Pamplona.—D. S. A.—Conformes.

Valladolid.—D. A. L.—Conformes con la entrega.

Por correo detalles.

Puerto de Santa María.—D. M. B. y T.—Abonado 15 Abril.

Prado del Rey.—D. J. C. G.—Servidos los 10 números.

Berlanga.—D. J. P. T.—Va carta.

Logroño.—D. A. S.—No hay inconveniente en que la abone ahí.

Valladolid.—D. N. V.—Servido.

San Sebastián.—D. G. G.—Servidas las 13 que envía,

y ya mandará á usted lo que pide.

Estella.—D. L. R.—Recibidas 41,85 pesetas. No puedo ahora hacer liquidación y comprobar; creo estará bien.

Se lo diré en carta.

Gijón.—D. A. M.—Servidos 20.

Albacete.—D. J. D. I.—Se servirán 10. Lamento enfermedad.

MADRID.—IMP. DE FORTANET, LIBERTAD, 29

ACAB

— 18 —

ACAC

Abutilón, Bot. Género de la familia de las malváceas. Planta que crece en las Antillas y también en algunos puntos de Europa. Se la cultiva como planta de adorno, y su corteza filamentosá ó fibrosa se emplea para fines industriales.

butto, m. Mit. Divinidad de los marineros japoneses, que le ofrecen moneditas sujetas al extremo de un palo para obtener vientos favorables.

Abuzado, da, adj. Acostado, echado sobre el vientre.

Abyecto, adj. Despreciable || Abominable || Bajo, vil, rastrero || Entregado á los vicios más repugnantes.

Acá, adv. lat. Lugar en que se halla la persona que habla, ó el que señala como más próximo. || adv. t. Denota tiempo presente precedido de las preposiciones de, desde, después, etc. || ¡Acá! interjección mandando á alguno que se acerque al lugar en que nos encontramos || Acá y allá, mod. adv. Sirve para denotar indeterminadamente varios parajes.

Acabable, adj. Lo que puede acabarse || Tarea ó cosa que puede tocar á su fin.

Acabadamente, adv. mod. Entera, perfectamente || Con arreglo á derecho, conforme á ley || Perfectamente. Por burla se dice de lo que está mal hecho.

Acabadísimo, ma, adj. sup. de acabado.

Acabado, da, adj. Perfecto, consumado || Aquello que está en mal estado, viejo, en mala posición; como la salud, la hacienda.

Acabador, ra, m. y f. Aquel que concluye alguna cosa, la termina, la acaba, etc.

Acabalar, a. Completar.

Acaballadero, m. Lugar y tiempo en que los caballos y borricos cubren á las hembras.

Acaballado, da, adj. De forma de caballo; parecido al caballo, como cara acaballada, etc. || Quien padece la enfermedad llamada vulgarmente caballo.

Acaballar, a. Cuando el caballo ó borrico cubre á la yegua.

Acaballero, da, adj. Que parece caballero.

Acaballerar, a. Hacer á uno caballero || Hacer que se porte como caballero.

Acaballonar, a. Cavar ó amontonar la tierra

formando caballones con azadón ú otro instrumento.

Acabamiento, m. Acción y efecto de acabar ó acabarse || Término ó cumplimiento de una cosa.

Acabar, a. Terminar alguna cosa, darle fin ||

Consumir, apurar || Concluir una obra con mucho esmero || Alcanzar, conseguir, cuando va seguida de la preposición con y un nombre de persona ó pronombre personal || n. Finalizar, terminar || Fenece la vida || Extinguirse, aniquilarse || Destruir, aniquilar, exterminar, cuando va seguida de la preposición con y un nombre de persona ó cosa ó pronombre personal || Seguido de la preposición de y otro verbo en infinitivo denota haber ocurrido poco antes la acción que este último verbo significa || fam. Terminar ó lograr alguna cosa después de larga tarea ó gran dilación || Salir de una duda || fr. fig. fam. Explicarse al fin una persona torpe de palabra, de difícil expresión, que no se atreve á manifestar lo que sabe ó piensa. Comunmente se usa en tono de burla ó para instigarla, y más generalmente en imperativo.

Acabdar, a. ant. Acabtar.

Acabdellar, a. ant. Acaudillar.

Acabdilladamente, adv. m. ant. En correcto orden, con disciplina militar.

Acabdillador, ra, adj. ant. Acaudillador.

Acabdillamiento, m. ant. Acaudillamiento.

Acabdillar, a. ant. Acaudillar.

Acabellado, da, adj. p. us. De color castaño claro.

Acabescer, a. ant. Conseguir.

Acabestrillar, n. Cazar con buey de cabestrillo.

Acabildar, a. Congregar á muchos en un dictamen para conseguir un intento.

Acabo, m. Acción y efecto de acabar ó acabarse.

Acabtar, a. Conseguir.

Acacia, f. Arbol, familia de las leguminosas, á veces con espinas, de madera dura, hojas compuestas de pequeñas hojuelas, flores en racimos colgantes y laxos, y fruto en legumbre ó vaina || De alguna de las especies de este árbol afluye la goma arábiga || Sustancia me-

ACAH

— 19 —

ACAM

dicinal concreta y astringente, extraída del fruto verde de la acacia de Egipto ó del de la bastarda.

Academia, f. Lugar de los arrabales de Atenas donde Platón y otros filósofos enseñaban Filosofía || Escuela filosófica fundada por Platón, que en el transcurso del tiempo sufrió modificaciones en sus doctrinas, dando origen á las denominaciones de Antigua, Segunda y Nueva Academia. Hay quien distingue hasta cinco en la historia de esta escuela || Sociedad constituida por personas literatas ó facultativas con autoridad pública, y cuyo fin es el adelantamiento y perfección de las ciencias, artes, letras, etc. || Junta ó congregación de los académicos || Casa donde celebran sus Juntas los académicos || Junta ó certamen á que concurren algunos aficionados á la poesía para ejercitarse en ella, ó por alguna celebridad, y en la que suele haber algún asunto y á veces premios señalados || Junta de profesores, alumnos ó aficionados para ejercitarse en un arte ó industria || Establecimiento de enseñanza para los que se dedican á una carrera ó profesión || Estudio de una figura entera y desnuda tomado del natural y que no forma parte de una composición.

Académicamente, ad. m. De manera académica.

Académico, ca, adj. Filósofo que sigue la escuela platónica || Perteneiente ó relativo á la escuela platónica || Perteneiente ó relativo á las academias, ó propio característico de ellas || Persona que pertenece á una Academia.

Acaecerero, ra, adj. Lo que puede acaecer.

Acaecer, n. Efectuarse un hecho || Suceder, tener lugar, ocurrir algún hecho || Hallarse presente, concurrir á algún lugar ó paraje.

Acaecimiento, m. Cosa que ocurre, especialmente cuando es de alguna importancia.

Acafelador, m. ant. El que acafela.

Acafeladura, f. ant. Acción y efecto de acafelar.

Acafelar, a. ant. Tapiar una puerta ó ventana || ant. Revocar una pared con cal ó yeso || Encubrir, disfrazar, disimular || Asegurar bien una puerta para que no se pueda abrir.

Acafresna, f. Serbal.

Acahual, m. Planta oriunda del Perú, fami-

lia de las compuestas, tallo herbáceo, derecho, de tres centímetros de grosor y dos metros de altura próximamente, hojas alternas, pecioladas y acorazonadas, flores terminales que se doblan on la madurez, amarillas, fruto con muchas semillas, negruzcas, casi elipsoidales, comestibles, y de las que se puede extraer un aceite bueno para condimento.

Acal, m. Embarcación de remo hecha generalmente de una pieza, sin quilla, popa ni proa, usada por los indios.

Acalabrotar, a. Formar un cabo de tres corones, compuestos cada uno de ellos de otros tres.

Acalandar, a. ant. Condenar, prohibir, penar.

Acalefo, adj. Animal acuático del grupo de los radiados, de sencilla organización, y el cual es una masa transparente ó bolsa membranosa con algunos apéndices, y tiene una sola abertura, por donde arroja un líquido cáustico que causa ardor á quien lo toca.

Acalenturarse, r. Empezar á tener calentura.

Acalia, f. Malvavisco.

Acaloniar, a. ant. Acalañar.

Acaloramiento, m. Ardor, arrebato de calor || Acceso de una pasión violenta.

Acalorar, a. Causar dolor || Fatigar por el excesivo trabajo || Fomentar, promover || Incitar al trabajo, dar prisa || r. Enardecerse en una conversación ó disputa || fig. Hacer ardiente y viva una disputa.

Acumniador, ra, adj. ant. Calumniador.

Acumular, a. ant. Calumniar || ant. Excomulgar.

Acallar, a. Hacer callar || fig. Aplacar, sosegar.

Acamar, a. Hacer el viento ó la lluvia que se tiendan ó recuesten las mieses, cáñamos, etc.

Acambrayado, da, adj. Parecido al cambray.

Acamellado, da, Parecido al camello.

Acampamento, m. Campamento.

Acampanado, da, adj. De figura de campana.

Acampanar, a. Dar figura de campano.

Seas como fuere, el conocimiento de las progresiones facilitó la solución de varios problemas que pare-

Pero véase aún otra cosa más maravillosa que se encuentra por la teórica de las progresiones, y es determinar el espacio que debe correr un cuerpo que se mueve, y se moverá eternamente con un movimiento

Bueno sería que, como sabemos lo que *Sessa* pidió al rey de los indianos, supiésemos también de qué modo inventó el juego del ajedrez, y se sirvió de la Aritmética para esta invención; pero sobre esto no se encuentra noticia alguna. Lo cierto es que un aritmético fué el inventor de este juego, pues no se debe haber caso de lo que dicen los poetas, que atribuyen el honor de su invención á *Palamedes*, quien, según ellos, le inventó para divertir á los griegos, cansados y molestados con la larga duración del sitio de Troya.

En efecto, *Alseidí*, autor arábigo á quien debemos esta noticia histórica, dice que la porción de trigo que pedía *Sessa*, al fin de la progresión duplicada, forma un montón de seis millas de alto, de largo y de ancho, lo que reducido da para cada dimensión poco más ó menos de 26 leguas francesas.

En efecto, *Alseidí*, autor arábigo á quien debemos esta noticia histórica, dice que la porción de trigo que

cian indisolubles. Tal era el que proponía *Zenón*, y con el que pretendía demostrar que no había movimiento ninguno. Supongamos, decía este filósofo, que *Aquiles* camina diez veces más aprisa que una tortuga; si la tortuga lleva una legua de ventaja, jamás *Aquiles* podrá alcanzarla, porque mientras *Aquiles* camina la primera legua, la tortuga habrá caminado la décima parte de la segunda, y el tiempo que *Aquiles* gastare en la primera décima parte de esta segunda legua, la tortuga andará la décima de la segunda décima parte, y así al infinito. De esto conclua *Zenón* que por poca ventaja que un cuerpo lento lleve á un cuerpo rapidísimo, no podrá este nunca anticiparse ó pasarle delante. Discutiría este filósofo, porque suponía que todas las décimas partes de otras décimas hacían un espacio infinito de leguas, lo que es falso, pues todas ellas juntas no hacen más que una novena parte de legua.

En efecto, por el descubrimiento de *Argunedes* se

demuestra que estando los términos de esta progresión en razón décupla, el último término que es una legua, menos el primero que es casi cero, es nueve veces mayor que los precedentes, es decir, que todas las décimas de décimas no valen más que una novena parte de legua.

pero véase aún otra cosa más maravillosa que se encuentra por la teórica de las progresiones, y es determinar el espacio que debe correr un cuerpo que se mueve, y se moverá eternamente con un movimiento

Lis. Lleno de tantos pesares; y, finalmente, teniendo sin culpa ofendido á un ángel, pues el padecer sin culpa es la desdicha más grande. D. Félix, aunque los celos, de quien así os quejáis, basten á dar pesadumbre dados, en no ser tenidos tracen anticipado el consuelo, que el dolor es tan distante desde daros á tenerlos, cuanto hay de ser un amante la persona que padece, ó la persona que hace. Con lastima empecé á otros cuando los celos nombrásteis; mas cuando dijisteis que erais enganos y no verdades, la lastima se hizo envidia, porque no hay gusto tan grande cuando hay desengaño, como hacer danos y galanes, ó paces para reír, ó reír para hacer paces. Id á ver á vuestra dama, que yo sé, aunque más se guarde, pues ella tiene los celos, que ella está en aqueste instante, más que vos desengañada, desando desengañarse.

Lis.

Lis. Lleno de tantos pesares; y, finalmente, teniendo sin culpa ofendido á un ángel, pues el padecer sin culpa es la desdicha más grande. D. Félix, aunque los celos, de quien así os quejáis, basten á dar pesadumbre dados, en no ser tenidos tracen anticipado el consuelo, que el dolor es tan distante desde daros á tenerlos, cuanto hay de ser un amante la persona que padece, ó la persona que hace. Con lastima empecé á otros cuando los celos nombrásteis; mas cuando dijisteis que erais enganos y no verdades, la lastima se hizo envidia, porque no hay gusto tan grande cuando hay desengaño, como hacer danos y galanes, ó paces para reír, ó reír para hacer paces. Id á ver á vuestra dama, que yo sé, aunque más se guarde, pues ella tiene los celos, que ella está en aqueste instante, más que vos desengañada, desando desengañarse.

Marc.

(Ap. á Silvia.)

Por esta puerta, que al cuarto de mi hermano, Silvia, sale desde el mío, á verte voygo, porque aunque él está ignorante de que he salido hoy de casa, con esto he de asegurarte. Detente, que está con él el tal huésped, y ya sabes que no quiere ni señor que llegue á verte ni hablarte. Y aun esa fué mi desdicha. Oigamos desde esta parte. Y si en tanto que este gusto llega, queréis que yo trate de divertiros, pues fué conoierto que os escuchase un cuidado, y que os dijese el mío, oídme, escuchadme. Oye.

Silv.

Marc.

Oigamos desde esta parte. Y si en tanto que este gusto llega, queréis que yo trate de divertiros, pues fué conoierto que os escuchase un cuidado, y que os dijese el mío, oídme, escuchadme. Oye.

Lis.

Marc.

Después que troqué el hábito de estudiante al de soldado, la pluma á la espada, la suave tranquilidad paz de Minerva al sangriento horror de Marte, la escuela de Salamanca

púrpura, tembló de arriba abajo, y casi ahogado y sollozando prorrumpió:—Madre mía, me es imposible continuar, no me atrevo á referirte lo demás.

—Por la memoria de tu padre te ruego—dijo la madre colocando la mano sobre la cabeza del niño—que no me ocultes nada. Mira que no volvería á gozar de un momento de sosiego si no me lo cuentas todo. ¿Qué más te dijo ó te hizo Corvino?

El niño, recobrando su serenidad después de una corta pausa y á favor de una oración, continuó:

—No tan pronto—exclamó Corvino;—no te escaparas de esa manera, cobarde adorador de la cabeza de un burro. Nos ocultas dónde vives, pero yo lo averiguaré. Entretanto tomo esta memoria de mi firme propósito de vengarme. Y al decir así me dió una bofetada tan recia, que me hizo titubear y casi perder el sentido, mientras que los muchachos que nos rodeaban aplaudían vociferando con salvaje alegría.

Rompió aquí el joven en abundante lloro, y aliviado con el del peso que le oprimía el corazón, siguió diciendo:

—¡Con qué ardor me hirvió entonces la sangre! El corazón se me partía, y me parecía oír una voz burlona que no cesaba de repetirme: «¡Cobarde, cobarde!», al oído. Era sin duda la voz de algún espíritu infernal. Sin embargo, me sentía con fuerzas suficientes, y la cólera me triplicaba, para asir de la garganta á mi injusto agresor y derribarle sin aliento. Figurábase me escuchar ya los aplausos celebrando mi vic-

le ve expuesto á la ardua prueba, y salir de ella noblemente vencedor; ni era tampoco la satisfacción de tener por hijo á uno dotado de tan heroicas virtudes, pues con mayor fundamento que la madre de los Gracos, al presentar sus hijos á las maravilladas matronas de la republicana Roma como sus únicas joyas, podía esta madre vanagloriarse del que había educado.

Otro más profundo afecto, ya que no digamos sublimite, era el que en aquel momento la dominaba. Había llegado el período ansiosamente deseado por ella muchos años hacía; la hora suprema, por cuya aparición había dirigido al cielo sus oraciones con maternal fervor.

Más de una madre piadosa ha consagrado á su hijo desde la cuna á la más santa y noble profesión que se conoce en el mundo, ha orado y suspirado por poder llegar á verle, primero un casto Levita, y más tarde un santo sacerdote en el altar; ha estado observando con incansable vigilancia sus nacientes inclinaciones, y ha procurado dirigir suavemente sus primeros pensamientos hacia el santuario del Señor. Y cuando ese hijo es único, como Samuel lo era de Ana, aquella consagración, desprendiéndose de cuanto más tiernamente ama, merece bien calificarse de acto de heroísmo. Y ¿cómo enlazar bastante á aquellas matronas de la antigüedad, á una Felicia, Sinfiorosa ó á la madre sin nombre de los Macabeos, que ofrecieron y entregaron á sus hijos, no uno, sino muchos, y aun todos,

me á salvo, tuve que echarme al campo, malvendiendo antes mis bienes para que no se los comiese la justicia, y enterrando dentro de los pocos días el dinero que me quedaba. Luego, me prendieron.

—¿Y el botín?—preguntó el tío Quico. —¡Ah! el botín me sirvió para comer durante el tiempo que anduve huido, porque también te digo que era oro lo que comía entonces—repuso el viejo lanzando con fuerza un salvaje; luego agregó:—¿Y tú historia? —¡Oh! yo voy á matado como tú á un hombre, pero con la diferencia de que el delito lo cometieron *otros* y no yo.

—Eso es injusto; yo he matado verdaderamente, no de boquilla, y bien me he tenido que arrepentir, pues todo lo he perdido. —Pero ¿no tienes parientes?—preguntó el tío Quico pensando en la olla. —¡Vayan al infierno mis parientes! Ya que me abandonaron como un perro, que sigan viviendo también como los perros.

El tío Quico y el tío Pedro estrecharon, pues, los lazos de su amistad, que duró largos años consolándolos en cierto modo de su desgracia. Eran compañeros de cadena, paisanos, hablaban frecuentemente de su país lejano, y estaban, además, unidos por la común convicción de que ambos debían morir allá abajo, como números extraviados en la blanca desolación de las salinas, combatidas por las olas del mar y los rayos del sol.

—¿Quéharé yo?—preguntó el tío Pedro. —Y yo ¿qué haré?—repuso el tío Quico. —La libertad es hermosa; además, voy á recuperar mi reputación; pero ya soy viejo, no podré trabajar, no podré vivir, no tengo á nadie. —Te darán algo. —Yo no quiero pedir limosna. ¿Por qué no me di-

MARCELA Y SILVIA, abriendo una puerta, que estará cubierta con una antepuerta, y quedándose detrás de ella.—Lisardo, D. Félix.

Marc.

Por esta puerta, que al cuarto de mi hermano, Silvia, sale desde el mío, á verte voygo, porque aunque él está ignorante de que he salido hoy de casa, con esto he de asegurarte. Detente, que está con él el tal huésped, y ya sabes que no quiere ni señor que llegue á verte ni hablarte. Y aun esa fué mi desdicha. Oigamos desde esta parte. Y si en tanto que este gusto llega, queréis que yo trate de divertiros, pues fué conoierto que os escuchase un cuidado, y que os dijese el mío, oídme, escuchadme. Oye.

Silv.

Marc.

Marc.

Después que troqué el hábito de estudiante al de soldado, la pluma á la espada, la suave tranquilidad paz de Minerva al sangriento horror de Marte, la escuela de Salamanca